FERDYDURKE

WITOLD GOMBROWICZ

FERDYDURKE

EDHASA

1

EL RAPTO

El martes me desperté a esa hora inanimada y nula en que la noche ya está por terminar y sin embargo todavía no ha nacido el alba. Descansaba en una luz turbia y mi cuerpo sentía un temor mortal que me oprimía el alma, y el alma a su vez oprimía el cuerpo..., y hasta la menor de mis partículas se contorsionaba en el presentimiento atroz de que no ocurriría nada, nada cambiaría, nunca pasaría nada, y aun cualquier cosa que se emprendiese no sucedería nada y nada. Los sueños, que me habían despertado luego de molestarme durante la noche, explicaban las razones de ese espanto.

¿Qué había soñado? Por un retroceso del tiempo que debiera estar vedado a la naturaleza, me vi tal como era cuando tenía quince o dieciséis años –me trasladé a la mocedad–, y de pie, bajo el viento, sobre una piedra, a orillas del río, decía algo... y me oía... Oía mi hace mucho enterrada voz, voz chillona de pichón, y veía mi nariz aún no lograda sobre mi rostro blando, transitorio, y mis manos en exceso grandes... Sentía el contenido ingrato de esta mi fase pasajera e intermedia. Me desperté en medio de la risa y el pavor porque me parecía que, tal como era mi persona ahora, ya en la treintena, remedaba al impúber que yo había sido y se burlaba de él, mientras éste también se burlaba de mí... y ambos nos burlábamos uno de otro. ¡Desgraciada memoria que obligas a

saber por qué rutas hemos llegado a ser lo que somos! Y también divagaba, medio adormecido, que mi cuerpo no era del todo homogéneo, sino que algunas de sus partes no estaban todavía maduras y mi cabeza se reía y se burlaba del muslo, mientras el muslo de la cabeza se burlaba; y que el dedo lo hacía del corazón, el corazón de los sesos, la nariz del ojo, el ojo de la nariz a carcajadas; locamente se carcajeaban, y todos esos miembros y partes del cuerpo se violaban mutua y salvajemente en una atmósfera de penetrante e hiriente pan-mofa. Mas, cuando ya totalmente recuperé mis sentidos y empecé a meditar sobre mi vida, el espanto no decreció ni un ápice; al contrario, acrecentóse, aunque por momentos lo interrumpía (o estimulaba) una risita que los labios no podían contener. *En la mitad del camino de mi vida me encontré en una selva oscura...* Y algo peor aún: aquella selva era *verde*.

Porque en la realidad era yo tan indefinido y estaba tan deshecho como en el sueño. Atravesé hace poco el Rubicón de la ineludible treintena, crucé la frontera, según mis documentos, y mi apariencia semejaba la de un hombre maduro y, sin embargo, no estaba maduro. ¿Qué era entonces? ¿Cómo se presentaba mi situación? Vagaba por las confiterías y los bares, me encontraba con otras personas, cambiando palabras y a veces hasta pensamientos... pero mi situación era poco clara, y yo mismo no sabía qué era: hombre o adolescente; y así, al comenzar la segunda mitad de mi vida, no era ni esto ni aquello –era nada–, y los de mi generación, que ya se habían casado y ocupaban puestos determinados, no tanto frente a la vida como en diversas oficinas, me trataban con una justificada desconfianza. Mis tías, esas numerosas semimadres agregadas, atadas o pegadas, pero bondadosas, ya desde tiempo atrás trataban de influir en mí para que me estabilizara como alguien, digamos como abogado o empleado –mi indefinición prolongada les resultaba sumamente molesta–; no sabiendo bien quién era, no sabían cómo hablar conmigo y, en el mejor de los casos, sólo emitían una triste cháchara. «Pepe –decían entre un balbuceo y otro–, el tiempo apremia, hijo mío, ¿qué pensará la gente? Si no quieres ser

médico, sé por lo menos mujeriego o coleccionista, pero sé alguien..., sé alguien...» Y yo escuchaba cuando una murmuraba al oído de otra que yo estaba poco pulido social y mundanalmente, después de lo cual empezaban a balbucir de nuevo, desesperadas por el vacío que yo provocaba en sus cabezas. En verdad aquel estado no podía prolongarse indefinidamente. Las agujas del reloj de la naturaleza eran implacables y terminantes. Cuando las últimas muelas, las del juicio, me hubieron crecido, fue necesario creer: el desarrollo se había cumplido, había llegado el momento del asesinato ineludible, el hombre debía matar al mozalbete, elevarse en los aires como mariposa, dejando el cadáver de la crisálida. Debía, pues, entrar en círculos de adultos.

¿Entrar? ¡Cómo no! Hice la prueba, y una risita me convulsiona aún al recordarlo. Para preparar la entrada me dediqué a escribir un libro... Deseaba primero aclarar mi caso mediante un libro y conseguir de antemano los favores del mundo adulto, preparando así el terreno para las relaciones personales; y me parecía que, si lograba sembrar en las almas un concepto positivo sobre mi persona, ese concepto, por su parte, me formaría a mí; de modo que, aunque yo no quisiera, sería llevado a la madurez. ¿Por qué, sin embargo, la pluma me había traicionado? ¿Por qué el santo pudor no me había permitido escribir una novela notoria y chatamente madura, y por qué, en vez de engendrar pensamientos y conceptos nobles con el corazón y el alma, los generé con la parte inferior? ¿Por qué puse en el texto no sé qué ranas, piernas, qué sustancias fermentadas, aislándolas sobre el papel sólo por medio del estilo, de la voz, del tono frío y disciplinado, y como diciendo: he aquí que quiero dominar el fermento? ¿Por qué, en perjuicio de mi propósito, titulé el libro *Memorias del período de la inmadurez*? En vano los amigos me aconsejaban que dejara aquel título y me abstuviera en general de cualquier alusión a lo inmaduro. «No hagas eso –decían–, la inmadurez es un concepto drástico; si tú mismo te vas a considerar inmaduro, ¿quién, entonces, te considerará maduro? ¿No comprendes, acaso, que la primera condición para lograr

la madurez es declararse maduro a sí mismo?» Pero yo creía que en verdad no convenía, de un modo demasiado barato y fácil, pasar por alto al jovencito en mí encerrado, y que los adultos son en demasía perspicaces y penetrantes para dejarse engañar; y que, por fin, el que es perseguido sin cesar por el mocoso no debe aparecer en público sin él. A lo mejor encaraba yo en forma demasiado seria la seriedad, valoraba en exceso la madurez de los maduros.

¡Recuerdos! Con la cabeza hundida en la almohada, con las piernas bajo la manta, dominado ya por la risita, ya por el temor, hice el balance de mi entrada entre los adultos. Pensaba en mi triste aventura con el primer libro y recordaba cómo, en vez de darme la estabilidad anhelada, me hundió aún más, provocando contra mí una ola de torpes juicios. ¡Oh, es una maldición que la existencia nuestra en este planeta no aguante ninguna jerarquía definida y fija, sino que todo siempre fluya, refluya, se mueva, y cada uno deba ser sentido y valorado por cada uno; que el concepto sobre nosotros de los torpes, limitados e incapaces nos sea tan importante como el concepto de los sabios, capaces y sutiles! Pues el hombre, en lo más profundo de su ser, depende de la imagen de sí mismo que se forma en el alma ajena, aunque esa alma sea cretina. Y me opongo con toda energía a la opinión de aquellos de mis camaradas de pluma que, frente a la opinión de los cretinos, adoptan una posición aristocrática y orgullosa, declarando *odi profanum vulgus*. ¡Qué modo más barato, más simplificado de estafar la realidad; qué pobre huida en una ficticia altivez! Sostengo, al contrario, que cuanto más torpe y estrecha es la opinión, tanto más se nos vuelve importante, justamente como un zapato estrecho y mal ajustado. ¡Oh, esos juicios humanos, ese abismo de juicios y opiniones sobre tu inteligencia, carácter y corazón, y sobre todos los detalles de tu organismo, que se abre delante de ese imprudente que vistió sus pensamientos con letras y los envió, sobre el papel, entre los hombres! ¡Oh, el papel, el papel, la letra, la letra! Y no estoy hablando aquí de los dulces, tibios juicios familiares de nuestras tías queridas; no, quisiera referirme más bien a

los juicios de otras tías: las tías culturales, aquellas numerosas semiautoras que expresan sus juicios en los periódicos. Pues sobre la cultura del mundo se sentó un montón de maritornes cosidas, atadas a la literatura, iniciadas de modo incomparable en los valores espirituales y orientadas estéticamente con ideas, conceptos y todo lo demás, enteradas ya de que Oscar Wilde es anticuado y Bernard Shaw es el maestro de la paradoja. ¡Ah, ya saben que hay que ser independiente, sencillo, profundo, así que son independientes, profundas, sencillas y llenas además de bondad familiar! ¡Tía, tía, tía! ¡Ah, quien no se vio llevado nunca al taller de la tía cultural, ni fue operado por esas mentalidades trivializantes y que privan de vida a la vida, quien no leyó en el periódico un juicio tial sobre su propia persona, no sabe en verdad lo que es la bagatela, ignora lo que significa la tía-bagatela!

Y hay, además, juicios de hacendados y hacendadas, juicios de colegialas, juicios mezquinos de menudos empleados y burocráticos de altos empleados, juicios de abogados provincianos, juicios exagerados de muchachos, juicios ensimismados de viejitos, así como juicios de publicistas, juicios de esposas de médicos y, por fin, juicios de niños, de sirvientas y cocineras, juicios de primas, todo un mar de juicios que te definen y te crean en el alma de otro hombre. ¡Es como si nacieras en un millar de almas estrechas!

Pero mi situación era tanto más difícil y extrema cuanto más difícil y extremo era el libro mío cotejado con la literatura convencionalmente madura. Me procuró, en verdad, un puñado de selectos amigos; y si las tías culturales y otros representantes del vulgo pudiesen oír cómo en círculos reducidos, inaccesibles aun en sueños, los Muy Conocidos, los Brillantes me nutren y saturan con dulces elogios en elevadas conversaciones intelectuales, caerían probablemente de rodillas para lamerme los pies. Mas, por otro lado, en mi modo de escribir seguramente hubo algo inmaduro, algo que atraía a los seres inmaduros y autorizaba sus familiaridades... El período de inmadurez atrajo al *demi-monde* de la cultura. Y muy a menudo me ocurría que, al salir de lugares altos y sagrados

donde me saturaban de respeto en forma agradabilísima, me encontraba en la calle con cualquier ingeniero o cualquier colegiala que, tratándome como si fuera un compatriota en la inmadurez, un hermano en la tontería, me aplicaba amistosas palmadas profiriendo: «¡Eh, zote! ¡Qué tonterías escribes! ¡Qué tonto eres!». Y así para los Maduros, yo era maduro, mas para los Inmaduros era inmaduro, y, en verdad, yo mismo no sabía bien a quién pertenecía: a los que me respetaban o a los que me trataban de mocoso.

Mas lo peor era que, odiando al vulgo de la semiinteligencia como creo que nadie odió jamás, odiándolo ferozmente, al mismo tiempo yo me traicionaba con él: huía de los brazos amistosamente abiertos de la *élite* a las patas brutales de los que me consideraban tonto. Es en verdad un hecho de primordial importancia, y que define todo el desarrollo futuro, *frente a qué realidad* un hombre se forma y se organiza; y si, por ejemplo, actuando, hablando, divagando, escribiendo, tiene en cuenta, presta atención solamente a los hombres adultos, formados; o si, al contrario, está perseguido por la visión del vulgo, de la inmadurez, por la visión de un sospechoso, turbio semimundo que allá en lo oscuro te estrangula y, despacito, te ahoga en su verdura como las lianas, las enredaderas u otras plantas de África. Ni por un momento pude olvidarme del inframundo de los infrahombres, y temiéndolo pánicamente, temblando convulsivamente al solo recuerdo de su pantanoso verdor, no podía sin embargo liberarme, ¡fascinado como un pajarito por una serpiente! Como si yo, contrariando la naturaleza, simpatizase con la esfera baja y la amase agradeciéndole que perpetuase en mí al niño. ¡Oh, rozar aquel mundo elevado, adulto, y no poder entrar; estar a un paso de la distinción, elegancia, sabiduría, dignidad, de los juicios maduros, del mutuo respeto, de la jerarquía, de los valores, y no lamer esas golosinas sino a través del vidrio, no tener acceso a esos asuntos, ser secundario! ¡Convivir con los adultos y siempre, como en el decimosexto año, tener la impresión de que solamente se finge ser adulto! ¿Fingirse escritor, literato, parodiar el estilo literario, las maduras y rebus-

cadas expresiones? ¿Librar, como artista, una cruel batalla pública por su propio «yo», simpatizando bajo tierra con sus mortales enemigos?

¡Oh, sí!, al comienzo mismo de mi vida pública recibí la consagración semisagrada, fui generosamente ungido por la esfera inferior. Y lo que complicaba todavía el caso era que mi modo de ser social también dejaba mucho que desear y resultaba completamente turbio, pobre e indefenso frente a los semibrillantes mundanos. No sé qué indolencia, nacida de la timidez y el miedo, no me permitía armonizar con ninguna madurez, y a veces se me ocurría pellizcar a la persona que con su espíritu, halagadoramente, a mi espíritu se acercaba. ¡Cómo envidiaba a aquellos literatos, sublimados ya desde la cuna y evidentemente predestinados a la Superioridad, cuya alma ascendía sin cesar como si alguien con una aguja les pinchase las asentaderas, escritores serios que se tomaban sus almas en serio y quienes con facilidad innata, o con grandes sufrimientos creadores, operaban dentro de un mundo de conceptos tan elevados y para siempre consagrados, que casi el mismo Dios les resultaba vulgar e innoble! ¿Por qué no es permitido a cada uno engendrar una novela más sobre el amor o denunciar con el corazón vehementemente torturado alguna injusticia social, transformándose en un Luchador del Pueblo? ¿O escribir versos y en un Poeta convertirse, y creer en la «noble misión de la poesía»? ¿Ser talentoso y con el talento alimentar y elevar a las muchedumbres de almas no talentosas? ¡Ah, qué satisfacción; sufrir y torturarse, sacrificar y quemarse en el altar, mas siempre en las alturas, dentro de categorías tan sublimadas, tan adultas! Satisfacción para sí mismo y satisfacción para los demás: realizar su propia expansión a través de milenarias instituciones culturales con tanta seguridad como si se pusiesen dineros en un banco. Pero yo era –¡ay de mí!– un adolescente, y la adolescencia era mi única institución cultural. Doblemente atrapado y limitado: una vez por mi pasado infantil del que no podía olvidarme; otra vez por el concepto infantil que otros tenían de mí, esa caricatura de mí mismo que ellos guardaban en sus al-

mas... Era un melancólico esclavo de la verdura, ¡ay!, un insecto prisionero del denso matorral.

¡No sólo molesta, sino peligrosa situación! Porque los maduros a nada tienen tanto asco como a la inmadurez, y nada les resulta más odioso. Ellos soportarán fácilmente el espíritu más destructivo a condición de que actúe dentro del marco de la madurez. No les asusta un revolucionario que combata un ideal maduro con otro ideal maduro y que, por ejemplo, destroce a la Monarquía con la República o, al contrario, despedace a la República con la Monarquía. ¡Hasta lo ven con agrado cuando funciona bien el sublimado, maduro negocio! Pero si huelen en alguien la inmadurez, si huelen al jovencito, se echarán sobre él, lo picotearán hasta matarlo como los cisnes picotean al pato, lo aplastarán con su sarcasmo. Entonces, ¿cómo terminará todo eso? ¿Adónde llegaré por ese camino? ¿Cómo se ha originado en mí (pensaba yo) esa esclavitud de lo informe, esa fascinación por lo verde; acaso porque provenía de un país rico en seres no pulidos, primitivos y transitorios, donde ningún cuello queda bien a nadie, donde, más que la melancolía y el destino, son los incapaces y perezosos quienes se quedan por los campos gimiendo? ¿O puede ser porque vivía en una época pasajera que a cada rato inventaba lemas y muecas y en convulsiones retorcía su rostro de mil maneras?... El alba pálida entraba por la ventana, y a mí, mientras hacía así el balance de mi vida, me sacudía entre sábanas una risita indecente, roja de vergüenza, y estallaba yo en una impotente, bestial carcajada mecánica y piernal, como si alguien me hiciese cosquillas en el talón, ¡como si no fuese mi rostro, sino mi pierna, la que carcajeaba! ¡Había que acabar con eso de una vez por todas, romper con la infancia, tomar la decisión y empezar de nuevo; había que hacer algo! Y entonces me iluminó de repente este pensamiento sencillo y santo: que yo no tenía que ser ni maduro ni inmaduro, sino así como soy..., que debía manifestarme y expresarme en mi forma propia y soberbiamente soberana, sin tener en cuenta nada que no fuera mi propia realidad interna. ¡Ah, crear la forma propia! ¡Expresarse! ¡Expresar tanto lo

que ya está en mí claro y maduro, como lo que todavía está turbio, fermentado! ¡Que mi forma nazca de mí, que no me sea hecha por nadie! ¡La excitación me empuja hacia el papel! Saco el papel del cajón y he ahí que empieza la mañana, el sol inunda el cuarto, la sirvienta trae café con leche, *croissants*, y yo, entre las formas relucientes y cinceladas, empiezo a escribir las primeras páginas de una obra, de mi propia obra, de una obra como yo, idéntica a mí, proveniente de mí; de una obra que me afirma soberanamente contra todo y contra todos, cuando de repente suena el timbre, la sirvienta abre la puerta y aparece en ella T. Pimko, doctor y profesor o, mejor dicho, maestro, un culto filólogo de Cracovia, pequeño, debilucho, calvo y con lentes, con pantalones rayados y chaqueta, uñas sobresalientes y amarillentas, zapatos de gamuza amarillos.

¿Conocéis al profesor? ¿Al profesor?

¡Alto, alto, alto! Asustado por aquella Forma humana tan chatamente trivial y trivialmente chata, me eché sobre mis textos para ocultarlos; pero él se sentó, y entonces yo también tuve que sentarme; y, después de sentarse, me ofreció su pésame muy sentido por la muerte de una tía fallecida hacía tiempo y de la cual ya me había olvidado por completo.

–El recuerdo de los muertos –dijo Pimko– constituye un Arco de Hermandad entre los años pasados y los venideros, lo mismo que el canto popular (Mickiewicz). Vivimos la vida de los muertos (A. Comte). Su tía ha muerto y por esta razón se puede y aun se debe dedicarle pensamientos cultos y conceptos nobles. La difunta tenía sus defectos –aquí los enumeró–, mas tenía también sus cualidades –las enumeró– provechosas para la sociedad, así que el libro no es malo, perdón, la tía no es mala; es decir, más bien se merece una buena clasificación, pues, definitivamente y en dos palabras, la difunta era un factor positivo; el juicio sumario resulta favorable y considero un agradable deber decírselo a usted, yo, Pimko, guardián de los valores culturales a los cuales sin duda pertenece también la tía en vista, sobre todo, de que ha muerto. Y, además –añadió con indulgencia–, *de mortuis nihil*

nisi bene; aunque se podría objetar esto y aquello, ¿para qué desanimar a un joven autor, perdón, un sobrino? Pero ¿qué veo? –exclamó percibiendo mis borradores sobre la mesa–. ¿Así que no sólo sobrino, sino también autor? Noto que probamos suerte con las Musas. ¡Ta, ta, ta, autor! En seguida opinaré, aconsejaré y animaré... –y, sentado, atrajo los papeles por encima de la mesa al mismo tiempo que se ponía los anteojos... y se quedaba sentado.

–No... –balbuceé. De súbito el mundo se quebró. La tía y el autor me confundieron por completo.

–Bueno, bueno... –dijo–. Ta, ta, gallinita.

Y diciendo eso se restregaba un ojo; después sacó un cigarrillo y, tomándolo con los dedos de la mano izquierda, lo ablandó con los de la mano derecha; al mismo tiempo, estornudó porque el tabaco le irritó la nariz y, sentado, comenzó a leer. Y, sentado muy sabiamente, leía. Pero yo, cuando lo vi leyendo, me puse pálido y creí desvanecerme. No podía echarme sobre él, por encontrarme sentado, y me encontraba sentado porque él estaba sentado. No se sabe cómo ni por qué el sentarse se destacó en primer plano y se convirtió en el mayor obstáculo. Me revolvía, pues, sobre mi sentarme; no sabiendo qué hacer, comencé a mover las piernas, a comerme las uñas... Mientras tanto, él, con la mayor lógica, continuaba sentado, teniendo su sentarse organizado y justificado por el hecho de estar leyendo. Duraba eso una eternidad. Los minutos pesaban como horas y los segundos se hinchaban... y me sentía incómodo como un mar sorbido con una paja.

–¡Por Dios, todo menos el Maestro! ¡No el Maestro! –gemí.

La maestra rigidez del maestro me aplastaba. Pero él seguía leyendo como un maestro y asimilaba mis espontáneos escritos con su personalidad de típico maestro, acercando al papel los ojos... y por la ventana se veía una casa, ¡doce ventanas horizontales, doce verticales! ¿Sueño? ¿Realidad? ¿Para qué vino aquí, para qué estaba sentado, con qué fin estaba sentado yo? ¿Por qué milagro todo lo ocurrido antes, sueños, recuerdos, tías, sufrimientos, pensamientos, obras, cómo

todo eso se redujo al sentarse las asentaderas del Profesor y Maestro? ¡Era imposible! Él estaba sentado con razón, ya que leía, mientras que yo estaba sentado sin razón ninguna, sin sentido.

Hice un esfuerzo convulsivo para levantarme, mas en el mismo momento él me miró por debajo de sus anteojos con gran indulgencia, y de pronto... me achiqué, mis piernas se transformaron en piernecitas, mis manos en manecitas, mi nariz en naricita, mi obra en obrita y mi cuerpo en cuerpecito... mientras que él se agigantaba y permanecía sentado, contemplando y asimilando mis carillas *in saecula saeculorum, amen*... y sentado.

¿Conocéis esa sensación de empequeñecer dentro de alguien? ¡Ah, achicarse dentro de una tía! Es algo extremadamente impúdico, ¡pero empequeñecerse en un notable maestro notorio constituye la cumbre misma de la indecente pequeñez! Y observé que el maestro, como una vaca, se alimentaba con mi verdor. Extraña sensación: el maestro de escuela pace tu verdor sobre el pasto y sin embargo, sentado en un sillón, sigue leyendo, y sin embargo pasta y se nutre. Algo terrible ocurría conmigo y no obstante fuera de mí, algo estúpido, algo insolentemente irreal.

—¡Espíritu! —exclamé—. ¡Yo..., espíritu! ¡No un autorcito! ¡Un espíritu! ¡Yo, vivo! ¡Yo!

Pero él estaba sentado y estando sentado permanecía sentado de modo tan sentadesco, se arraigaba tanto en su sentarse, que el sentarse, siendo insoportablemente tonto, era al mismo tiempo dominador.

Y, sacándose los lentes de la nariz, los limpió con el pañuelo y se los puso otra vez... y la nariz era algo indecible y a la vez invencible. Era ésta una nariz narizada, trivial y notoria, escolar y pedagógica, bastante larga, compuesta de dos caños paralelos y definitivos. Y dijo:

—¡Qué espíritu, por favor?

—¡El mío! —exclamé.

—¿El suyo? —preguntó él entonces—. Es decir, claro está, el espíritu patriótico de la Patria...

–¡No! ¡No el espíritu de la Patria, sino el mío!

–¿El suyo? –dijo él bondadosamente–. ¿Así que creemos tener un espíritu propio? Pero ¿acaso conocemos por lo menos el espíritu del rey Ladislao? –Y permaneció sentado...

¿Qué rey Ladislao? ¡Me sentía como un tren desviado de golpe y porrazo a la vía muerta del rey Ladislao! Frené y abrí la boca, dándome cuenta de que no conocía el espíritu del rey Ladislao.

–Pero ¿conoce usted el espíritu de la Historia? –preguntó él entonces–. ¿Y el espíritu de la civilización helénica? ¿Y el de la gálica, espíritu de armonía y de buen gusto? ¿Y el espíritu de un escritor bucólico del siglo XVI quien por vez primera usó en la literatura la palabra «ombligo»? ¿Y el espíritu del idioma? ¿Cómo se debe decir: «el puente» o «la puente»?

La pregunta me cogió por sorpresa, cien mil espíritus me aplastaron de golpe el espíritu; tartamudeé que lo ignoraba, y entonces me preguntó qué podía decir sobre el espíritu de Mickiewicz y cuál era la actitud del poeta frente al pueblo. Me preguntó todavía por el primer amor de Lelevel. Tosí y me miré furtivamente las manos, pero las uñas estaban limpias, no había nada escrito en ellas. Entonces miré a mi alrededor como esperando que alguien me soplara, mas no había nadie alrededor. ¿Sueño? ¡Cielos! ¡Qué pasa, Dios mío! Pronto levanté la mirada fijándome en él, pero la mirada no era mía, era ésa una mirada de reojo, pueril y llena de odio. Me acometían unas ganas anacrónicas e imposibles de tirar a la nariz misma del profesor una bolita de papel. Viendo que algo malo me ocurría, hice un esfuerzo convulsivo para preguntar a Pimko, en un tono de lo más mundano: ¿qué tal?, ¿cómo le va? y ¿qué me dice?; mas, en vez de mi tono normal, saqué una voz chillona y ronca, como si de nuevo pasara por la mutación... y callé; entonces Pimko preguntó qué sabía de los adverbios, me ordenó declinar *mensa, mensae, mensae*, conjugar *amo, amas, amat*, hizo una mueca de desaprobación y dijo:

–Bueno, habrá que trabajar todavía...

Sacó la libreta y me puso una mala nota; mientras tanto,

estaba sentado y su sentarse y sus asentaderas eran ya definitivos, absolutos.

¿Qué? ¿Qué? Quise gritar que yo no era un colegial, que había habido una equivocación, salté para huir, pero algo me atrajo desde atrás como un garfio y me clavó y fui atrapado por mi cu... culito infantil, escolar. Con el cuculito no podía moverme, era imposible moverse con el cuculazo, y mientras tanto el maestro estaba sentado y, sentado, expresaba un espíritu pedagógico tan magistral, que, en vez de gritar, levanté la mano como suelen hacer los colegiales cuando piden permiso para decir algo. Pimko frunció la nariz y dijo:

—Quédate quieto, Kowalski. ¿Quieres ir nuevamente al retrete?

Y permanecía sentado mientras yo también permanecía sentado en un absurdo irreal como un sueño..., sentado sobre mi cuculillo infantil que me paralizaba hasta la locura... mientras él se quedaba sentado sobre el suyo como sobre la Acrópolis y anotaba algo en su libreta.

Por fin dijo:

—Bueno, Pepe, ven; vamos a la escuela.

—Pero ¿a qué escuela?

—A la escuela del director Piorkowski. Es un establecimiento de primera clase. Hay todavía vacantes en el segundo año. Tu educación está algo descuidada; ante todo, habrá que corregir los fallos.

—Pero ¿a qué escuela?

—A la escuela del director Piorkowski. Justamente me pidió Piorkowski que le llenara todas las vacantes. La escuela tiene que funcionar y, para que funcione, hay que encontrar alumnos. ¡A la escuela, pues! ¡A la escuela!

—Pero ¿a qué escuela?

—¡Basta ya de caprichos! ¡Vamos a la escuela!

Llamó a la sirvienta, pidió un abrigo y ella empezó a lamentarse no comprendiendo por qué un señor desconocido se me llevaba; mas Pimko la pellizcó y la sirvienta, pellizcada, no podía lamentarse más, porque tuvo que mostrar los dientes y estallar en una risa de sirvienta pellizcada. Y el pedago-

go me tomó la mano y salió conmigo a la calle... donde, a pesar de todo, ¡las casas seguían en pie y la gente caminaba!

¡Policía! ¡Demasiado tonto! ¡Demasiado tonto para que pudiese ocurrir! ¡Imposible porque era imposiblemente tonto! Mas demasiado tonto también para que yo pudiera oponerme... ¡No podía con el pedagogo! El idiótico e infantil cuculazo me paralizaba, quitándome toda posibilidad de resistencia; trotando al lado del coloso, que avanzaba a pasos gigantescos, no podía hacer nada a causa de mi cuculito. ¡Adiós, espíritu mío, adiós, obra, adiós, mi forma verdadera y auténtica; ven, ven, forma terrible, infantil, verde y grotesca! Cruelmente achicado, troto al lado del Maestro enorme que murmura:

—Ti, ti, gallinita... Naricita mocosa... Me gustas. E, e, e... Hombrecito, peque... pequeñito... pequeñuelo... E..., chico, ti, ti, cucucú, cuculí, cuculucho...

Delante de nosotros, una dama paseaba un perrito, el perrito gruñó, saltó sobre Pimko y le rompió los fondillos del pantalón; Pimko gritó, emitió un juicio negativo sobre el perrito, se arregló el pantalón con un imperdible y me llevó de la mano.

2

APRISIONAMIENTO Y CONSIGUIENTE EMPEQUEÑECIMIENTO

Y he aquí ante nosotros –¡no, no puedo creer a mis ojos!– un edificio bastante chato, la escuela, adonde Pimko me arrastra, me empuja a pesar de mis lloros y protestas. Hemos llegado durante el recreo. En el patio paseaban seres intermedios, de 10 a 20 años, ingiriendo el desayuno: pan con queso o con manteca. En la empalizada que rodeaba el patio había agujeros por donde miraban las madres, nunca bastante saturadas de sus tesoritos. Pimko aspiró voluptuosamente el olor escolar con su instrumento nasal de dos caños.

–Ox, ox, ox –exclamó–; picho, picho, picho...

Mientras tanto, un renco intelectual, probablemente maestro, se acercó a nosotros con demostraciones de excepcional respeto.

–Profesor –dijo Pimko–, he aquí el pequeño Pepe, al cual yo quisiera colocar en segundo año. Pepito, saluda al señor profesor. Hablaré en seguida con el director y, mientras tanto, le dejo a Pepe para que se inicie en la vida colegial.

Quise contestar, pero hice una reverencia; un leve vientecillo sopló, las ramas de los árboles se movieron y con ellos un manojito de cabellos de Pimko.

–Espero que se comportará bien –dijo el viejo pedagogo acariciándome la cabecita.

–Bueno, ¿cómo anda la juventud? –preguntó Pimko en

voz baja–. Veo que pasean... muy bien. Pasean, charlan y las madres los observan... muy bien. No hay nada mejor para un muchacho en edad escolar que una madre bien colocada detrás de un muro.

–Sin embargo, todavía no son bastante ingenuos –se quejó amargamente el maestro–. Todavía no podemos sacar de ellos bastante frescura e ingenuidad juvenil. No, no se imagina, colega, cómo son de obstinados y mal dispuestos en ese sentido. No, ¡no quieren ser como la patata nueva! ¡No quieren! ¡No quieren!

–¡Es que usted carece de virtud pedagógica! –lo reprendió Pimko severamente–. ¿Qué? ¿No quieren? ¡Deben querer! En seguida demostraré cómo se estimula la ingenuidad. Apuesto a que dentro de media hora será doble la dosis de ingenuidad ambiente. Mi propósito es el siguiente: empezaré por observar a los alumnos y les daré a entender que los considero inocentes e ingenuos. Eso, naturalmente, los provocará; van a querer demostrar que no son inocentes y es entonces cuando caerán en la verdadera ingenuidad e inocencia, tan sabrosa para nosotros los pedagogos.

Y se ocultó detrás de una gran encina mientras el maestro, tomándome de la manita, me metía entre los alumnos sin darme tiempo para aclaraciones ni protestas.

Los discípulos paseaban. Unos se propinaban palmaditas o papirotazos..., otros devoraban sin cesar sus textos tapándose las orejas..., otros se hacían monerías o zancadillas o piruetas y sus miradas, atontadas o borreguiles o aguadas, se posaban sobre mí sin descubrir mi treintena. Me aproximé al más cercano, seguro de que la cínica farsa acabaría en seguida.

–Permítame... –dije–. Como usted ve, mi edad...

Pero el discípulo exclamó:

–¡Mirad al discípulo *novum companerum*!

Me rodearon y alguien profirió:

–*¿Deo gratias malevolus caprichus tempora excelentisima persona vuestra con tanta parsimonia ante nuestra merced se aparece?*

Otro chilló entre risas cretinoides:

–¿Acaso padecía el colegus estimadus de haraganitis linfáticamente crónica, o quizá suspiros hacia alguna doncella han postergado la tan ansiada llegada de vuestra merced?

Al oír aquel lenguaje terrible, callé como si alguien me hubiera cosido la boca, pero ellos no cesaban, como si les fuese imposible cesar..., y justamente cuanto más disgusto causaban esas palabras, tanto más gozaban, hundiéndose en ellas con deleite, con obstinación de maniáticos. Sus movimientos eran vacilantes..., sus caras, apasteladas y mal amasadas... y el tema principal de los menores eran los órganos sexuales, mientras que el tema principal de los mayores eran las relaciones sexuales, lo que, junto con la arcaización y la latinización, formaba un *cocktail* excepcionalmente repugnante. Parecían mal introducidos en algo, mal colocados y mal ubicados; a cada momento sus miradas volaban hacia el maestro, se agarraban convulsivamente los cuculandritos y la conciencia de que eran observados sin cesar les imposibilitaba la ingestión del desayuno.

Me quedé, pues, atontado y sin lograr ninguna aclaración... frente a una farsa que no mostraba señales de terminar. Mas, cuando los escolares percibieron a Pimko, que oculto detrás del árbol los observaba con gran atención y perspicacia, se pusieron en extremo nerviosos; y se esparció la noticia de que el inspector había llegado, de que estaba detrás de la encina y miraba.

–¡El inspector! –decían unos, sacando sus libros y acercándose a la encina–. ¡El inspector! –decían otros, alejándose de la encina. Pero ni unos ni otros podían desviar la mirada de Pimko, quien escribía algo en su libreta.

–¡Escribe algo! –se murmuraba a izquierda y derecha–. ¡Anota sus observaciones!

De repente Pimko les tiró la hoja de modo tan discreto e imperceptible que parecía llevada por el viento. En el papel estaba escrito: *Basándome en mis observaciones realizadas en la escuela X durante el gran recreo, he comprobado que la juventud masculina es inocente. ¡Ésta es mi convicción más profunda! Lo prueban el aspecto de los alumnos, sus inocentes charlas y, en fin, sus ino-*

centes y simpáticos culitos. (Firmado) Pimko, 29 de octubre de 193... Varsovia.

Apenas el papelito llegó a conocimiento de los alumnos, se enardeció el hormiguero escolar.

—¡Nosotros inocentes! ¡Nosotros los muchachos! ¡Nosotros que empezamos a vivir ya a los diez años!

Risas y risitas se acumulaban violentas, aunque secretas, y en todas partes había señales de burlas y bromas. ¡Ah, ah, pobre viejo ingenuo! ¡Qué ingenuidad! ¡Qué ingenuidad! Pero pronto me di cuenta de que la risa duraba demasiado..., de que, en vez de concluir, aumentaba y se acentuaba y, acentuándose, se obstinaba en sí misma, y, obstinándose, se volvía en extremo artificial y furiosa. ¿Qué pasaba? ¿Por qué la risa no concluía? ¡Ah, sólo después comprendí qué clase de veneno les inyectó en ese momento el diabólico y maquiavélico Pimko! Pues la verdad era que esos mocitos, encerrados en la escuela, alejados de la vida misma, *eran inocentes*. Eran inocentes a pesar de no ser inocentes. ¡Eran inocentes en su afán de no ser inocentes! ¡Inocentes con la mujer en los brazos! ¡Inocentes en la lucha y la pelea! ¡Inocentes cuando recitaban versos e inocentes cuando jugaban al billar! ¡Inocentes cuando comían y dormían! Inocentes cuando eran inocentes. Siempre amenazados por la santa inocencia hasta cuando derramaban sangre, torturaban, violaban, maldecían, ¡todo para no ser inocentes!

Por eso sus risas, en vez de terminar, crecían... y crecían como en el potro de tormentos. Y poco a poco algunos, despacito al comienzo y después con más celeridad, empezaron a proferir pésimas suciedades y palabras propias de un cochero borracho. Febrilmente, pronto, en voz baja, pronunciaban maldiciones brutales, insultos y otras porquerías; y algunos las dibujaban con tiza sobre el muro; y en el aire puro del otoño se generaban palabras aún más terribles que aquellas con las que me recibieron al llegar. Me parecía que estaba soñando, porque sólo en sueños se nos ocurre caer en situación más tonta que todo lo que se pueda imaginar. Trataba de contenerlos

–¿Por qué decís c...? –pregunté febrilmente a uno de ellos–. ¿Por qué decís eso?

–¡Cállate, imbécil! –me contestó el bruto dándome un golpe–. ¡Es una palabra magnífica! ¡Dila! –chistó, y me pisó el pie–. ¡Dila en seguida! ¿No ves que ésta es nuestra única defensa contra el culito? ¿No ves que el inspector está detrás de la encina y se propone hacernos un cuculeco infantil? Anda, di en seguida todas las porquerías que sepas o, si no, te doy un coscorrón. ¡Dilas, dilas, y nosotros las diremos también! ¡También las diremos! ¡Señores, adelante, porque nos quiere hacer un culito!

Después de haber pronunciado esas palabras, el vulgar haragán (llamado Polilla por los demás) se acercó furtivamente al árbol y grabó allí las cuatro letras de esa gruesa palabra, de modo que no podían verla ni Pimko ni las madres. Una risa baja y llena de satisfacción dejóse oír; oyéndola, las madres, detrás del muro, y Pimko, detrás de la encina, también prorrumpieron en una risa bondadosa, y así comenzó una risa doble. Porque los jóvenes se reían maliciosamente de su travesura y los adultos se reían viendo la alegría de los jóvenes, y ambas carcajadas competían en el aire otoñal silencioso, entre hojas que caían de los árboles, mientras el viejo portero barría la basura... El césped amarilleaba y el cielo estaba pálido.

Mas Pimko, detrás del árbol, se volvió de repente tan ingenuo, los haraganes sacudidos por la risa tan ingenuos, y en general la situación tan asquerosamente ingenua, que comencé a hundirme en tanta ingenuidad, yo y todas mis inexpresadas protestas. Y no sabía a quién socorrer: ¿a mí, a mis camaradas o a Pimko? Me acerqué al árbol y murmuré:

–¡Profesor!

–¿Qué hay? –preguntó Pimko también en voz baja.

–Profesor, salga de ahí: al otro lado del árbol han escrito una palabra. Y se ríen de eso. ¡Salga de ahí, profesor!

Mientras murmuraba aquellas frases cretinas, me parecía que era un místico sacerdote de la tontería y me asusté de mi actitud, con la mano junto a la boca, cerca de la encina, mur-

murando algo a Pimko, que estaba detrás del árbol y en el patio escolar...

–¿Qué? –preguntó el profesor desde detrás del árbol–. ¿Qué han escrito?

De lejos se escuchó la bocina de un automóvil.

–¡Una mala palabra! ¡Han escrito una palabrota! ¡Salga de ahí!

–¿Dónde la han escrito?

–¡Sobre la encina, al otro lado! ¡Salga de ahí, profesor! ¡Termine con eso! No se deje engañar. Profesor, usted quiso hacerlos pasar por inocentes e ingenuos y ellos le han escrito esas cuatro letras... Deje de excitarlos, profesor, basta. No puedo hablar más así, en el aire. ¡Enloqueceré! ¡Profesor, salga de ahí! ¡Basta! ¡Basta!

Mientras yo le susurraba todo esto, el verano se inclinaba perezosamente hacia el otoño y veía caer las hojas silenciosas...

–¿Qué? ¿Qué? –exclamó Pimko–. ¿Yo dudando de la pureza juvenil de la juventud nuestra? ¡Nunca! Soy un viejo ducho en la vida y en la pedagogía.

Salió de detrás del árbol y los alumnos, al ver su figura absoluta, prorrumpieron en un rugido salvaje.

–¡Querida juventud! –dijo Pimko cuando se callaron un poco–. No ignoro que usáis entre vosotros palabrotas indecentes. No os imaginéis que no esté al tanto de esto. Pero no os preocupéis: ningún exceso, por lamentable que sea, logrará quebrantar esta mi profunda convicción de que sois, en el fondo, puros e inocentes. Vuestro viejo amigo siempre os considerará puros, inocentes, y siempre tendrá fe en la decencia, pureza e inocencia vuestra. Y, en lo que se refiere a las palabrotas, sé que las repetís sin comprenderlas siquiera, sólo para luciros; seguramente alguno las aprendió de la sirvienta. Bueno, bueno, no hay nada de malo en eso, al contrario, eso es más inocente de lo que creéis.

Pimko estornudó y, muy satisfecho, después de haberse limpiado la nariz, se encaminó a la dirección para conversar con el director Piorkowski de mi asunto. Mientras, las ma-

dres y las tías, detrás de la empalizada, se echaban unas en brazos de otras y exclamaban encantadas:

–¡Qué altos conceptos! ¡Qué fe profunda en la inocencia!

Pero entre los alumnos su discurso provocó consternación. Enmudecidos, miraban a Pimko, que se alejaba; y sólo en el momento en que desapareció por completo se desató la tormenta.

–¿Habéis oído? –exclamó Polilla–. ¡Somos inocentes! ¡Inocentes! ¡Piensa que nosotros somos inocentes, nos toma por inocentes! ¡Siempre, siempre nos toma por inocentes! ¡Por inocentes! –y no podía librarse de esta palabra, que lo paralizaba, torturaba, mataba, ingenuizaba e inocenciaba.

Mas entonces un joven, de apellido Pylaszczkiewicz, de apodo Sifón, pareció caer por su parte en la ingenuidad que se desató en los aires y dijo, más bien a sí mismo (aunque su voz se dejó oír claramente en el aire limpio y puro como el cencerro que las vacas llevan en la sierras):

–¿Inocentes? ¿Por qué no?

Y se quedó pensativo. En verdad, *¿por qué no ser inocente?* Nada más justo que esa pregunta. ¿Quién, en realidad, es maduro: el que huye del pecado o el que lo busca? Pero ocurrió que el pensamiento, aunque lógico, aunque maduro, sonó en el aire de modo inocente..., de lo que el mismo Sifón se dio cuenta, pues se puso colorado.

Y quiso zafarse; pero ya replicaba Polilla:

–¿Qué? ¿Reconoces la inocencia?

Y retrocedió un paso, tan inocentemente sonó lo que dijo. Pero ya replicaba Sifón, irritado:

–¿Reconozco? ¿Por qué no tendría que reconocerla? ¡No soy tan infantil!

Polilla se puso a bromear en el aire:

–¿Has oído? ¡Sifón es inocente! ¡Hua, hua, hua, inocente Sifón!

Se oyeron exclamaciones: «¡Sifonus inocentus! ¿Acaso el dignísimo Sifón no conoce mujer?». Se oyeron chistes verdes y de nuevo el mundo fue un asco. La burla creciente irritó sobremanera a Sifón. Miró a su alrededor:

–Y, si fuese inocente, ¿qué hay con eso? Sólo pregunto: ¿qué hay con eso?

–¡Cómo! –exclamaron–. ¿Será verdad? –Y no se daban cuenta, infelices, de que con sus gritos lo empujaban cada vez más profundamente en la inocencia–. A lo mejor ni siquiera está enterado de cómo es la cosa. ¡Hua, hua, hua! –y otra vez estallaron–: ¡Hua, hua!

–Y, si no estuviera enterado, ¿qué hay con eso? Sólo pregunto –dijo Sifón.

Su voz tenía un acento tan frío y extraño, que los otros se asustaron. Reinó el silencio. Por fin se oyeron voces: «Sifón, ¿no bromeas? En verdad, ¿no estás enterado?» –y retrocedían un paso.

Sifón, y esto era evidente, también quería retroceder... pero no podía... y, al mismo tiempo, Polilla exclamó:

–¡Señores, eso es verdad! ¡Mírenlo! ¡Eso se ve! –y escupió.

Bobek expresó:

–¡Pero esto es una vergüenza! ¡Sifón, deja que te expliquemos...! ¡Tienes que saber cómo es eso!

SIFÓN. ¿Yo? ¡Yo no quiero!

HOPEK. ¿No quieres?

SIFÓN. No quiero porque no le veo ninguna razón.

HOPEK. ¿No quieres? ¿No quieres? Pero es que no se trata sólo de ti, esto nos compromete a todos, no se puede permitir tal cosa. ¡Cómo vamos a mirar a las chicas!

–¡Ah, ahí os duele! –gritó Sifón de repente–. ¡Las chicas! ¡Las chicas! ¡Queréis luciros con las chicas! ¡Y yo me río de vuestras chicas! ¡Ah, queréis haceros los muchachones con las chicas!

Comprendió que ya no había posibilidad de retroceso; más aún: no deseaba retroceder.

–¡Chicas! –exclamó–. ¡Chicas! ¿Y por qué no señoritas? ¿Por qué no doncellas? ¿Por qué no jóvenes y adolescentes? ¡Ah, ah, vosotros queréis haceros los muchachones con las chicas! ¿Y si a mí me gusta ser un adolescente con una doncella? ¿Por qué, pregunto, tendría que avergonzarme de esas

palabras que son limpias, puras, dignas, honorables? ¡Así es, yo quiero ser adolescente con doncella! ¡Quiero ser adolescente con doncella!

Sifón calló. Pero lo que dijo era, en realidad, tan justo, sabio y convincente que muchos se quedaron perplejos.

–¡Cómo habla! –expresaron unos, y otros decían–: Es cierto, la pureza vale más que la chica. –Uno dijo–: Hay que tener también un grano de idealismo. –Y otro–: Si quiere ser sólo adolescente, que lo sea.

–¡Adolescentes! –proclamó Sifón–. ¡Adolescentes! ¡Arriba los corazones! ¡Formemos un grupo en pro de la pureza juvenil y en contra de los que la ensucian! ¡Juremos no tener nunca vergüenza de lo limpio, lo hermoso, lo bello y noble! ¡Adelante, pues! –Y, antes de que alguien pudiera impedirlo, levantó la mano y juró con rostro serio, inspirado. Entonces varios levantaron las manos y juraron, sorprendidos al verse jurar. Polilla se echó sobre Sifón en el aire transparente, puro. Sifón se enardeció; pero, por suerte, los separaron a tiempo.

–Muchachos –se debatía Polilla–, ¿por qué no le dais un puntapié al adolescente? ¿No tenéis sangre? ¿No tenéis ambición? ¡Sólo el puntapié os puede salvar! ¡Muchachos, sed muchachos!

Enloquecía. Yo lo miraba, con gotas de sudor en la frente y mejillas invadidas por la palidez. Había tenido una sombra de esperanza pensando que, después de haberse alejado Pimko, podría de algún modo volver a mí mismo, recuperar mi verdadera persona adulta y aclarar delante de todos mi situación. ¡Ah!, ¿cómo podía volver a mí mismo si a dos pasos de mí, en el aire fresco, transparente, la ingenuidad y la inocencia crecían incesantemente? El culito se transformaba en adolescente y muchacho. El mundo se quebrantaba y se organizaba de nuevo sobre la base de adolescente y muchacho. Retrocedí un paso.

La excitación aumentaba. Los escolares, encendidos y enrojecidos, saltaban unos sobre otros. Sifón permanecía inmóvil con los brazos cruzados, mientras Polilla apretaba